

## **Servicio Integrado de Información Arrocera (26 enero 15)**

### **La Nación**

#### **Mercasa, consumidores y pequeños productores**

POR Eliécer Araya, Eduardo Rojas / Voceros de Conarroz -

Don Bernal Jiménez Chavarría, secretario de la Junta Directiva de Mercadeo de Artículos de Consumo, S. A. (Mercasa), una de las principales empresas importadoras de arroz pilado, rehúye a su figura de empresario para responder como economista en el artículo "Conarroz, consumidores y pequeños agricultores", publicado el pasado sábado 17 en Foro de La Nación.

El economista Jiménez Chavarría es una de las fuentes a las que recurre La Nación, en los estudios consultados, para manipular a la opinión pública con opiniones particulares de personas interesadas en el negocio de las importaciones de arroz pilado como el susodicho.

Conarroz no desacredita estudios como el del BID, sino es el propio organismo el que advierte que "las opiniones expresadas en esta publicación son exclusivamente de los autores y no reflejan el punto de vista del Banco Interamericano de Desarrollo, de su Directorio Ejecutivo ni de los países que representa". Sobre el estudio de la UCR, Conarroz lo vetó; sobre el de Unctad, se solicitará criterio, y, sobre el del autor, ya sabemos que es parte interesada.

Por su opinión, el economista Jiménez Chavarría parece desconocer el concepto de la palabra "subsidio" de acuerdo con la Organización Mundial de Comercio (OMC), puesto que un subsidio significa cualquier contribución financiera de un ente público a un ente privado, que se otorgue de forma directa por medio de traslado de fondos a sectores productivos específicos, o que se otorgue por medio de exoneraciones tributarias directas a un sector productivo concreto. Concepto que no puede ser confundido con el sistema de costos que maneja el Gobierno de la República, el cual no implica, ni contiene, ningún traslado directo de fondos públicos a la actividad arrocera del país, tergiversando la información que se da a la opinión pública.

Determinar un precio de mercado de un bien agrícola, con base en un modelo de costos, no encierra un subsidio directo del Estado de ningún tipo, ni al productor, ni al industrial, y, por lo tanto, no puede ser definido como un subsidio. Lo que parece ignorar el autor son los millonarios subsidios (\$13,5 billones otorgados en el periodo 1995-2013) por medio del Programa Farm Bill, y, en especial, mediante Price Lost Coverage Program (PLCP), el cual es un programa de subsidios directos del Gobierno de los Estados Unidos a sus productores de arroz que se otorga por periodos de cinco años, y que le representan al

productor de arroz, en promedio, un ingreso de unos \$190 por hectárea de transferencias directas del Estado por sembrar arroz.

Estos verdaderos subsidios de los países desarrollados son los que han deprimido y distorsionado los precios internacionales del sector arrocero, razón por la cual la gran mayoría de los países productores y consumidores de arroz del mundo han tenido que proteger su producción nacional, mediante elevados aranceles de importación, para poder contener esas distorsiones de mercado, pues, de otra forma, sus productores nacionales desaparecerían al no poder competir, por no disponer de condiciones o beneficios similares.

Ignora de nuevo el autor que, como parte de la evolución del proceso de aprobación de la Declaración Ministerial de Bali de la OMC, en materia de seguridad alimentaria y de los esquemas de sostenimiento de precios de los países en desarrollo, la nueva decisión sobre los esquemas de existencia de alimentos de los países en desarrollo asegura efectivamente que la "cláusula de paz" acordada en Bali expirará en diciembre del 2015, una vez que se haya alcanzado un acuerdo sobre los mal llamados "subsidios", que, según han venido señalando, de forma equivocada, las autoridades de Comex, se otorgan al sector arrocero en este país.

De acuerdo con esto, los miembros acordaron abstenerse de impugnar o cuestionar, mediante los mecanismos de solución de controversias de la OMC, la existencia de dichos programas, bajo las normas de subsidios agrícolas de la OMC, mientras se negocia una solución permanente y se actualizan los marcos de referencia y métodos de cálculo para la cuantificación real de los subsidios. Varios países en desarrollo se habían venido quejando de que su libertad de compra de alimentos, a precios establecidos por los Gobiernos, se había reducido debido a la inflación de los precios que se ha experimentado en las últimas dos décadas, desde que el Acuerdo sobre Agricultura fue aprobado y puesto en vigencia, y al uso de una fórmula de cálculo obsoleta.

Por eso, ya basta de engañar a la opinión pública con el cuento de que el país incumple sus compromisos de medidas de ayuda global, y que transfiere subsidios al sector arrocero, cuando es un tema que se encuentra en franco proceso de revisión a nivel multilateral. Como parte de la coalición de países en desarrollo del G-33, la India ha encabezado el movimiento para expandir la flexibilidad de estos esquemas, sobre todo debido a los planes que tiene para aumentar el volumen de alimentos subsidiados a disposición de los ciudadanos pobres como parte de su nueva Ley de Seguridad Alimentaria, y defender su producción nacional frente a los precios distorsionados del mercado internacional.

La condición de que, en el mercado internacional del arroz, se comercialice únicamente un 10% de la producción de arroz mundial deja claro que la comercialización internacional de este grano es la de un mercado de excedentes, del cual unos pocos comerciantes buscan sacar provecho cuando las coyunturas internacionales así lo permiten, al existir volúmenes de arroz que, bajo los precios distorsionados del mercado internacional, pueden buscar importar en determinados momentos. Situación que, sin embargo, contrasta con la crisis de existencia o ausencia de remanentes de arroz en el mercado

mundial del periodo 2008-2009, que llevaron al consumidor de países sin producción nacional a pagar elevadísimos precios para tener la oportunidad de compra del grano.

Se trata de una incertidumbre del mercado global del arroz, que hace que, por razones de seguridad alimentaria, la gran mayoría de los países que tienen altos niveles de consumo como Costa Rica, siempre busquen asegurar o contar con un importante porcentaje de base de producción nacional, para, así, poder asegurar el acceso a un consumo seguro, con precios controlados de mercado, que no se encuentren expuestos a la mera especulación y a los problemas que el cambio climático genera sobre la producción mundial.

Desconocer, o buscar ignorar, la forma en que opera el modelo de costos para definir precios y márgenes de rentabilidad, tanto al agricultor como al industrial, probablemente lleva a la temeridad de estas afirmaciones, que abiertamente se contradicen con los últimos estudios económicos realizados por la Universidad Nacional (UNA) en esta materia, los cuales reflejan y confirman con claridad la mayor dispersión de beneficios y rentabilidad que a lo largo de la agrocadena genera el modelo actual.

Con base en esta información válida, creemos que, claramente, se evidencia un interés del autor, sin importar las consecuencias que eso arroje, a mediano y largo plazo, sobre el productor y el consumidor nacional de arroz, como resultado de las claras distorsiones existentes en el mercado internacional de este bien, que es de importancia estratégica en la dieta alimenticia de nuestra población.

## **El Financiero**

## **Un análisis técnico**

**Por WELMER RAMOS Y LUIS FELIPE ARAUZ / 25 ENE 2015, 12:15 AM**

En relación con el editorial denominado “¿Hasta cuándo esta farsa?”, publicado en la edición 1007, consideramos oportuno aclarar a la ciudadanía una serie de aspectos y conceptos.

Nos gustaría destacar que las posiciones adoptadas por el Ministerio de Economía, Industrias y Comercio (MEIC), respecto de la salvaguardia de arroz, son consecuencia de resoluciones fundamentadas en aspectos técnicos y políticos que se toman en cuenta para dar cumplimiento a los mandatos que exige el ordenamiento jurídico vigente.

Un primer aspecto necesario de aclarar es que nadie se ha salido con la suya, la resolución de aplicar una medida de salvaguardia se ha fundamentado en una normativa jurídica internacional que rige la materia. Una vez concluida la investigación realizada por el organismo especializado en defensa comercial, el MEIC determinó que existen pruebas

que establecen una relación entre el aumento del volumen de importaciones de arroz pilado y la amenaza de daño grave a la producción nacional de arroz pilado.

Es necesario enfatizar que el estudio técnico del MEIC se basa en hechos y no simplemente en alegaciones, conjeturas o posibilidades remotas. En este sentido, la medida se aplica de conformidad con el artículo XIX del Acuerdo General de Aranceles y Comercio y el Acuerdo de Salvaguardia de la Organización Mundial del Comercio.

Por el contrario, los estudios técnicos a que se refiere el editorial han sido reiteradamente refutados por Conarroz; y la referencia, muchas veces citada por la prensa a partir de datos de la FAO, fue aclarada por ese organismo internacional en un comunicado donde explican que sus datos no son comparables de un país a otro.

Tampoco es cierto que el Poder Ejecutivo tenga interés de cargar sobre las espaldas de los consumidores más pobres el peso de la salvaguardia, porque en lo inmediato se está decretando una disminución de 4% en el precio al consumidor, que deberá seguir bajando conforme aumente la productividad del sector, para lo que existe todo un plan que incluye capacitación, mejoramiento tecnológico, más áreas de riego, entre otras acciones que permitirán incrementar la productividad nacional de arroz en al menos 40% al 2018.

Por último, quisiéramos aclarar que esta medida se ha adoptado conforme a instrumentos jurídicos de comercio internacional que el país ha suscrito, y aun cuando el tema de la soberanía alimentaria es un aspecto incorporado en el Plan Nacional de Desarrollo "Alberto Cañas Escalante", no son los aspectos técnico políticos de la soberanía alimentaria los que motivaron la adopción de la medida, sino el resultado de una acción legítima que obliga a la Administración a emitir una resolución fundamentada.

El precio que fija el MEIC, lo hace con base en la Ley de Promoción de la Competencia y Protección del Consumidor y parte de un análisis exhaustivo de los costos de producción, industrialización y comercialización, que en ningún momento representan subsidios como en algunos momentos se quiere hacer creer a la población.

## **Noticieros Columbia**

**Conarroz asegura que Cámara de Comercio se opone a que los consumidores tengan mejores precios del grano**

Escrito por Arturo Cartín

Eduardo Rojas, directivo y vocero de Conarroz, dijo que ahora la Cámara se une a la campaña orquestada en contra de un sector arrocero, que produce, cosecha y compra el arroz a los agricultores nacionales, lo cual no sucede con el grupo de empresarios a los que ellos defienden y que pagan por el grano a productores del extranjero.

Los comerciantes dejan al descubierto, que su preocupación es más por sus agremiados y no por los consumidores a quienes ellos venden un producto de consumo popular como el arroz, dijo Rojas.

Señaló además que es contradictorio que haya personas y gremios opuestos a que los consumidores tengan un precio rebajado en el arroz. Nos preocupa que la Cámara anteponga su interés por una minoría de comerciantes al de los consumidores, señaló el directivo de CONARROZ.

Agregó que el presidente de la Cámara a falta de criterio viene a repetir argumentos utilizados por el sector interesado en continuar con las importaciones de arroz pilado, en la que uno de sus autores es parte interesada en el negocio.

El presidente de los comerciantes cita estudios vetados por Conarroz como el del Instituto de Investigaciones de Ciencias Económicas de la Universidad de Costa Rica y de organismos internacionales que no oficializan como suyas las conclusiones de los autores.

## **El País de España**

Los que alimentan el hambre

Martín Caparrós edita en España su último y demoledor libro -titulado 'El Hambre'-, en el que desentraña por qué 805 millones de personas no tienen qué comer.

La especulación es una de las causas, como desvela este extracto de unos de los capítulos

Martín Caparrós

La transformación de la comida en un medio de especulación financiera ya lleva más de veinte años. Pero nadie pareció notarlo demasiado hasta 2008. Ese año, la gran banca sufrió lo que muchos llamaron "la tormenta perfecta": una crisis que afectó al mismo tiempo a las acciones, las hipotecas, el comercio internacional. Todo se caía: el dinero estaba a la intemperie, no encontraba refugio. Tras unos días de desconcierto muchos de esos capitales se guarecieron en la cueva que les pareció más amigable: la Bolsa de Chicago y sus materias primas. En 2003, las inversiones en commodities [materias primas] alimentarias importaban unos 13.000 millones de dólares; en 2008 llegaron a 317.000 millones. Y los precios, por supuesto, se dispararon.

El asco

"Los hambrientos le sobran al capitalismo"

Entrevista digital con Martín Caparrós

"El hambre todavía no se ha curado porque no es contagiosa"

Analistas nada sospechosos de izquierdismo calculaban que esa cantidad de dinero era quince veces mayor que el tamaño del mercado agrícola mundial: especulación pura y dura. El Gobierno norteamericano desviaba cientos de miles de millones de dólares hacia los bancos "para salvar el sistema financiero" y buena parte de ese dinero no encontraba mejor inversión que la comida de los otros.

Ahora en la Bolsa de Chicago se negocia cada año una cantidad de trigo igual a cincuenta veces la producción mundial de trigo. Digo: aquí, cada grano de maíz que hay en el mundo se compra y se vende —ni se compra ni se vende, se simula cincuenta veces—. Dicho de otro modo: la especulación con el trigo mueve cincuenta veces más dinero que la producción de trigo.

El gran invento de estos mercados es que el que quiere vender algo no precisa tenerlo: se venden promesas, compromisos, vaguedades escritas en la pantalla de una computadora. Y los que saben hacerlo ganan, en ese ejercicio de ficción, fortunas.

Por qué hice este libro

**MARTÍN CAPARRÓS**

Martín Caparrós. / Saúl Ruiz

Lo hice porque, en algún momento, creí que no podía no hacerlo. Pero escribir El Hambre fue, probablemente, el trabajo más difícil que encaré en mi vida. De la Bolsa de Chicago a las fábricas de Bangladesh, de los hospitales de Níger a los basurales de Buenos Aires, de la guerra civil de Sur Sudán a las explotaciones chinas en Madagascar, del moritorio de la Madre Teresa de Calcuta a los morideros suburbanos de Mumbai, me pasé años recorriendo la geografía del hambre para contar y analizar la mayor vergüenza de nuestra civilización: que cientos de millones de personas no coman lo suficiente en un planeta que produce alimento de sobra para todos.

Y los que no saben contratan programadores de computación. Más de la mitad del dinero de las Bolsas del mundo rico está en manos del HFT (High Frequency Trading), la forma más extrema de especulación algorítmica o automatizada. Son muchos nombres para algo muy complicado y muy simple: supercomputadoras que realizan millones de operaciones que duran segundos o milisegundos; compran, venden, compran, venden, compran, venden sin parar aprovechando diferencias de cotización ínfimas que, en semejantes cantidades, se transforman en montañas de dinero. Son máquinas que operan mucho más rápido que cualquier persona, autónomas de cualquier persona. Me impresiona que los dueños de la plata pongan tanta plata en las manos —llamémosles manos— de unas máquinas que podrían despistarse y cuyo despiste podría costarles auténticas fortunas: que tengan tal confianza en la técnica o, quizá, tal avidez.

Los HFT son la especulación más pura: máquinas que sólo sirven para ganar plata con más plata. Son operaciones que nadie hace sobre contratos que no están hechos para ser cumplidos acerca de mercaderías que nunca nadie verá. La ficción más rentable.

La máquina giraba a mil por hora. Aquel día, 6 de abril de 2008, una tonelada de trigo había llegado a costar 440 dólares. Era increíble; sólo cinco años antes costaba tres veces menos: alrededor de 125. Los cereales, que se habían mantenido en valores nominales constantes —que habían, por lo tanto, bajado sus precios— durante más de dos décadas, empezaron a trepar durante el año 2006, pero en los primeros meses de 2007 su ascenso se había vuelto incontenible: en mayo, el trigo pasó los 200 dólares por tonelada, en agosto los 300, los 400 en enero; lo mismo sucedía con los demás granos.

El gran invento de estos mercados es que el que quiere vender algo no precisa tenerlo: se venden promesas, compromisos, vaguedades escritas en la pantalla

Y, como dicen los negociantes, el mercado alimentario tiene una "baja elasticidad". Es su forma de decir que, pase lo que pase con la oferta, la demanda no puede cambiar tanto: que, si los precios suben mucho, se puede postergar la compra de un coche o de una zapatilla, pero muy poca gente acepta de buena gana postergar la compra de su almuerzo.

El aumento no tenía, por supuesto, una causa exclusiva. Una de ellas fue el aumento extraordinario del precio del petróleo, que en esos días de abril bordeaba los 130 dólares por barril, el doble que 12 meses antes. El petróleo es tan importante para la producción agropecuaria que un ensayista político inglés, John N. Gray, dijo hace poco que "la agricultura intensiva es extraer comida del petróleo". Se refería, entre otras cosas, a ese cálculo tan cacareado que dice que producir una caloría de comida cuesta siete calorías de combustibles fósiles.

El precio del petróleo influye en el precio de los alimentos de varias maneras. Los alimentos incluyen en su costo una parte significativa de combustible: en su producción —por las máquinas rurales y porque la mayoría de los abonos y pesticidas contienen alguna forma de petróleo—, en su transporte, en su almacenamiento, en su distribución. Pero, además, el aumento del precio del petróleo le dio más entidad todavía a los famosos agro combustibles.

Empezaron llamándolos biocombustibles; últimamente, grupos críticos insisten en que el prefijo "bio" les presta una pátina de honorabilidad ecológica que no merecen —y postulan que los llamemos agro combustibles—. Parece que lo agro no está tan cotizado como lo bio en la conciencia cool. Pero hay gente que paga mucha plata para conseguirles buena prensa: en el año 2000 el mundo produjo 17.000 millones de litros de etanol; en 2013, cinco veces más: 85.000 millones. Y nueve de cada diez litros se consumieron en Estados Unidos y Brasil. (...)

Y es otra forma de usar los alimentos para no alimentar.

Y un negocio de primera para muchos.

La especulación con el trigo mueve cincuenta veces más dinero que la producción de trigo

El agro combustible es la penúltima respuesta a la superproducción de granos que complica desde hace décadas a la agricultura norteamericana. En el último medio siglo las técnicas agrarias mejoraron como nunca, los subsidios a los granjeros aumentaron muchísimo, y sus explotaciones consiguieron rendimientos inéditos: no sabían qué hacer con tanto maíz, con tanto trigo. En la segunda mitad del siglo XX Estados Unidos se enfrentó a un problema con pocos antecedentes en la historia de la humanidad: la superproducción de alimentos. Parece un chiste que ése fuera el problema del mayor productor de comida de un mundo donde falta comida.

Entre otros efectos, la superproducción mantuvo muy bajos los precios de la comida durante un largo periodo. Uno de los primeros usos de ese excedente fue político: la exportación, bajo capa de ayuda, de grandes cantidades de grano. Ya hablaremos del programa Food for Peace. (...)

Después vendrían otros usos: jarabes de maíz —gran endulzador de la industria alimentaria—, detergentes, textiles y, últimamente, el agrocombustible.

El etanol norteamericano está hecho de maíz. Estados Unidos produce el 35 por ciento del maíz del mundo, más de 350 millones de toneladas al año. Una ley federal, la Renewable Fuel Standard, dice que el 40 por ciento de ese grano debe ser usado para llenar los tanques de los coches. Es casi un sexto del consumo mundial de uno de los alimentos más consumidos del mundo. Con los 170 kilos de maíz que se necesitan para llenar un tanque de etanol-85, un chico zambio o mexicano o bengalí puede sobrevivir un año entero. Un tanque, un chico, un año. Y se llenan, cada año, casi 900 millones de tanques.

El agrocombustible que usan los coches estadounidenses alcanzaría para que todos los hambrientos del mundo recibieran medio kilo de maíz por día

El agrocombustible que usan los coches estadounidenses alcanzaría para que todos los hambrientos del mundo recibieran medio kilo de maíz por día.

El Gobierno americano no sólo obliga a usar el maíz para empujar coches; también entrega a quienes lo hacen miles de millones de dólares en subsidios. (...) El aumento de la demanda de maíz producida por el etanol es responsable de un porcentaje importante —que nadie puede definir con precisión— del aumento del precio de los alimentos.

Un ejemplo: muchos granjeros del Medio Oeste americano dejaron de cultivar el maíz blanco que vendían, entre otros, a México — para pasarse al amarillo que se usa para hacer etanol. Entonces los precios de la harina se duplicaron o incluso triplicaron en México y miles de personas salieron a la calle. Lo llamaron la revuelta de las tortillas.

En Guatemala no salieron. En Guatemala la mitad de los chicos están malnutridos. Hace veinte años Guatemala producía casi todo el maíz que consumía. Pero en los noventas



empezaron a llegar los excedentes americanos, baratísimos por los subsidios que recibían en su país, y los campesinos locales no pudieron competir con esos precios. En una década la producción local había disminuido una tercera parte.

En Guatemala la mitad de los chicos están malnutridos. Hace veinte años Guatemala producía casi todo el maíz que consumía

En esos días, muchos campesinos tuvieron que vender sus tierras a empresas que ahora plantan palmeras para hacer aceite y etanol, caña para azúcar y etanol. Y los que pudieron seguir cultivando las suyas encontraron más y más dificultades: amenazas armadas para que las vendan, propietarios que prefieren dejar de alquilarles las suyas para trabajar con las grandes compañías, grandes plantaciones que se llevan el agua o la envenenan con sus químicos.

El problema se agudizó en los años siguientes: los americanos empezaron a usar su maíz para hacer etanol y los precios subieron, y subieron más con los grandes aumentos que precedieron a la crisis de 2008. Ahora, en las tortillerías guatemaltecas, un quetzal – unos 15 centavos de dólar– compra cuatro tortillas; hace cinco años compraba ocho. Y los huevos triplicaron su precio porque los pollos también comen maíz.

Son ejemplos.

Pero no creo que nadie lo haga para perjudicar a nadie. Quiero decir: no es que las autoridades y los lobbies y los productores agrícolas americanos quieran hambrear a los chicos guatemaltecos. Sólo quieren mejorar sus ventas y sus precios, depender menos del petróleo, cuidar el medio ambiente – y eso produce ciertos efectos secundarios: sucede, qué se le va a hacer.